

# ABC

¿S ABE el lector, el lector español naturalmente ins-

## ESPAÑOLES FUERA DE ESPAÑA

Pero no los traigo ahora a colación para enfocar una vez más el grande pro-

blema de la emigración en sí misma, sus ventajas e inconvenientes, su realidad de fenómeno económico-social insoslayable. Ni siquiera para dilucidar si sería posible o no eliminar en Europa a nivel internacional ese problema básico de la falta de reagrupación familiar, ya resuelto en la emigración ultramarina, sino para referirme a aquellos problemas suyos de todos los días que se resumen en el de su incomunicación con el mundo en el que viven y trabajan, y a lo que aquí podemos hacer para aliviarlos. Concretamente, quisiera señalar en esta ocasión que todos esos problemas, al producirse en el volumen masivo y casi sorpresivo que ha significado de pronto la emigración de trabajadores a Europa, no encuentran el resorte de un servicio público adecuado a su necesidad. Nuestra benemérita red consular no está planeada—ni parece tampoco su misión—para cubrir esas necesidades de tutela social diaria que se extienden por pueblos y ciudades, por factorías diseminadas por todos los países europeos, en la mayoría de los casos muy lejos de los contados centros consulares; y lo mismo ocurre con el número y la función de las agregadurías laborales de reciente creación. Tampoco el Instituto Español de Emigración, que se esfuerza en llevar a una y otra parte la presencia y la ayuda del Estado a los emigrantes, está, hoy por hoy, en condiciones administrativas de prestar con regular continuidad su tutela a los infinitos centros de trabajo en el exterior donde hay españoles que precisan una intermediación urgente en su relación laboral y vital.

¿Sabe el lector lo que significa ser un trabajador emigrado en cualquier país de Europa: un hombre errante que, cuando vuelve de la fábrica, a la barraca o a la triste pensión, encuentra en su descanso la mordedura lacerante de la ausencia de la mujer y de los hijos que se dejó forzosamente lejos, en la patria? Y no es este de la imposibilidad de la reunión familiar un hecho aislado, sino una terrible constante patológica de la inmigración en los países más prósperos de Europa, cuya industria, con toda su prosperidad evidente, no ha sido capaz de dar vivienda familiar—y muchas veces casi ni individual—a los trabajadores que reclama sin cesar de España, de Italia o de Grecia.

Mas, con todo, esa grande soledad que acomete al obrero que tiene a su familia lejos de sí, manteniendo no más el vínculo del amor con unas cartas patéticamente limitadas, con unos envíos de dinero que llega ya sin el calor de la mano que sudó para ganarlo; esa soledad, donde repercute con especial dramatismo es en el enorme vacío en que se embalsa el tiempo libre: las horas de ocio que se convierten en un tiempo vacante de sentido, desazonador y más cargado de pesadumbre que ninguno. No tener con quién hablar; salir del trabajo y no entender ni los rótulos de las calles, las muestras de las tiendas, los periódicos, las carteleras de los cinematógrafos, los anuncios. No saber a qué suena de verdad la vida en torno ni qué quiere decir la palabra que acompaña a la sonrisa amable o al duro gesto insolidario u hostil. Vivir como un sordomudo en un mundo lleno de voces y sonidos, como un ciego dentro de un ámbito de luz deslumbradora. Ser eso: un extraño, un ser ajeno a la condición del mundo en que se está inmerso; diferente, despegado de la naturaleza y de la circunstancia de la que, a pesar de todo, se forma parte y en la que se apoya casi furtivamente el pie,

intruso y vergonzante. Esa falta radical de comunicación y de trato con todo lo que sustenta el vivir es la soledad más amarga de todas; la que produce la angustia mayor, la del niño machadianamente perdido en medio de la fiesta de los otros.

Pues eso es lo que le pasa al español humilde emigrado en busca de trabajo en Alemania, en Suiza, en Bélgica, en Francia o en Holanda. Y eso no le ocurre a unos centenares de españoles, sino casi a medio millón de compatriotas nuestros distribuidos por Europa. Yo les he visto en Suiza y en Alemania caminar resignadamente desde el precario y provisional alojamiento hasta el trabajo, siempre metidos en su campana de silencio y soledad; caminar con el ceño fruncido como para guardar en él bien firme la lejana intimidad familiar, la fuerza suficiente para seguir, sobria y duramente trabajando y gastando menos de lo indispensable, con el solo afán de ahorrar unas pesetas y volver otra vez a la tierra para establecerse y empezar una nueva y más generosa vida. Los he visto caminar arropados los unos con los otros, en pequeños grupos, cruzando sin rumbo el domingo desolado de Ginebra o de Colonia, paseando atónitos por las calles sin nadie, huérfanos de sí mismos en una vacación carente de objetivo y de sentido, ante escaparates luminosos, cafés vacíos, frías avenidas solitarias.

Viéndolos, me he acordado muchas veces de tanta conversación superficial y ligera, de tanto profundo egoísmo como suele manejarse en torno al tema de la emigración; del desamor con que determinadas gentes se refieren a la dura experiencia de esos seres abnegados, meritorios, tantas veces heroicos, que son los emigrantes, los cuales—hay que repetirlo para que no se olvide—sobre hallarse en tan dura condición haciendo el gran esfuerzo de su vida, están coadyuvando en no poca medida a la transformación tecnológica de la industria nacional—despejando el problema del reajuste laboral que implica—y contribuyendo con sus remesas de divisas—la fuente más importante de ellas, después de la procedente del turismo—a la subida del nivel económico de España.

Quiero, en suma, decir que, patente la necesidad de una asistencia al emigrante "in situ", difundida al máximo, multiplicada e inmediata, hay ahora que crear, instrumento que alcance a remediarla modo eficiente y continuado. Y ese instrumento, vinculado a la Institución que corresponda, no puede ser otro, a mi juicio, que el de un cuerpo oficial de asistentes sociales encargados de procurar directamente la ayuda necesaria. Hay ya en proyecto, que yo sepa, un primer intento del Instituto Español de Emigración y distintas realizaciones de varia fortuna debidas a la iniciativa de organizaciones religiosas y privadas, de las cuales la más importante es, sin duda, la que mantiene Cáritas en Alemania. Cuarenta y cuatro españoles, hombres y mujeres jóvenes, se esfuerzan en resolver diariamente la infinita maraña de problemas que se presentan a nuestros compatriotas emigrados en toda la República Federal Alemana, poniendo en juego, de modo abnegado y ejemplar, técnica y vocación. Pero hace falta más: en primer lugar, que el servicio que ellos prestan en un solo país se extienda, con las peculiaridades oportunas a los restantes países de inmigración; en segundo lugar, que ese esfuerzo disperso y desigual se canalice y se profesionalice plenamente por el Estado, desde el nivel de la enseñanza, hasta el del servicio público.

Gaspar GÓMEZ DE LA SERNA